



WARHAMMER
40,000

PENITENTE

UNA NOVELA DE BEQUIN

DAN ABNETT

minotauro



PENITENTE

DAN ABNETT

minotauro

Bequin nº 02 Penitente

Published by Black Library, 2021
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as Penitent

Penitent, Bequin nº 02 Penitente, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Nunes, 2023
Imagen de cubierta: Lorenzo Mastroianni

ISBN: 978-84-450-1511-7
Depósito legal: B. 13.422-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO 1

Que va de las compañías que uno mantiene, y de las compañías que mantienen a uno

Mis sueños se han vuelto negros y pegajosos desde que conocí al demonio.

Habían pasado dos meses desde su primera visita y su presencia inmaterial se había colado en mis sueños como la brea, aglutinando todos mis pensamientos de tal manera que ya nada estaba claro ni se distinguía. Todo era una masa fundida de negra confusión, donde las ideas se retorcían penosamente, debilitadas, incapaces de liberarse o definirse.

Yo había esperado claridad. De hecho, creo que eso era lo que había estado buscando toda mi vida. Ojalá, en vez de a él, me hubiera encontrado con un ángel, cuya esencia me hubiera inundado la mente como el ámbar. Confieso que eso era una absoluta fantasía. Nunca me había encontrado con un ángel, ni siquiera sabía si existían, pero eso era lo que me imaginaba. Si el contacto con un demonio podía ahogar mis sueños como un cieno oscuro, el de un ángel los hubiera llenado de resina dorada, de modo que cada idea y cada pensamiento quedaran preservados, separados e intactos, y fueran presentados de una forma clara para que yo pudiera encontrarles sentido. Encontrárselo a todo.

Había visto ámbar en las paradas del mercado de la Puerta del Trabajo. Por eso sabía de su existencia: guijarros pulidos de tonos ocre, gutagamba y oropimente, parecidos al cristal, y en el interior de cada uno una crisopa o un escarabajo brillante, fijado para toda la eternidad.

Así es como deseaba que fuera mi mente, que cada pensamiento estuviera preservado igual, accesible a la luz desde cualquier lado, tan claro

que pudiera examinarse hasta los detalles más pequeños a través de un vidrio de aumento.

Pero el demonio se me había metido dentro y todo era negro.

Digo «demonio», aunque me dijeron que el término correcto es «huésped demoníaco». Este se llamaba Cherubael, que me sonaba más como el nombre de un ángel, pero, como todo en la ciudad de Reina Mab, las cosas y sus nombres no concuerdan. Son, ineludiblemente, cada uno códigos de lo otro. Por medio de mis sueños oscuros y pringosos, al menos había llegado a entender que Reina Mab era una ciudad de una profunda contradicción. Era un lugar medio muerto o, como mínimo, «medio lo otro», donde una cosa era en realidad alguna otra opuesta a ella, y las verdades y las mentiras se entretejían, y la gente no era quien parecía ser e, incluso, las puertas no eran de fiar porque con demasiada frecuencia se abrían entre lugares que no deberían cruzarse.

La ciudad era una cosa muerta dentro de una cosa viva, o al revés. Era un lugar poseído por el fantasma de sí misma, y pocos tenían los poderes mediúmnicos necesarios para tratar con los dos. Los muertos y los vivos se preguntaban unos a otros, pero no querían, o no podían, escuchar las respuestas. Y los pocos que caminaban conscientemente por los lugares oscuros que había entre las dos, en el límite que divide la forma física de la sombra que esta proyecta, parecían más interesados en enviar almas de un lado al otro, mandando a la muerte a los vivos entre gritos, o arrasando a los atontados muertos de vuelta a la vida.

La gran Reina Mab y yo teníamos eso en común. También había en mí una parte medio muerta, un silencio que me convertía en paria. Yo era una auténtica ciudadana de Reina Mab, porque era una contradicción en mí misma. Todos me rehuían, una huérfana apastada que no encajaba en la sociedad; pero, al mismo tiempo, todos me buscaban como una especie de premio.

Me llamo Beta Bequin. Alizabeth era mi nombre real, aunque nadie me llamaba así. Beta es un diminutivo. Se pronuncia *bee-ta*, alargando la vocal, y siempre pensé que era para distinguir mi nombre de la letra eleniki que se usa normalmente en la notación científica como ordinal. Pero, ahora, he empezado a pensar que eso era exactamente lo que era. Yo era Beta, la segunda de la lista, la segunda versión, la de segunda clase, la peor de dos, la copia.

O quizá no. Tal vez fuera simplemente la siguiente. Tal vez yo fuera la alfa (aunque claro, no el *Alfa* que estaba conmigo en ese tiempo). Quizá, quizá... muchas cosas. Mi nombre no me define. Eso, al menos, lo aprendí de Cherubael, a pesar de la oscuridad pegajosa de los sueños

que me enviaba. Mi nombre no me cuadraba, igual que el suyo no le cuadraba a él. Ambos, al igual que Reina Mab, éramos contradicciones desde el inicio. Los nombres, como veremos, son infinitamente poco de fiar, y, al mismo tiempo, infinitamente importantes. Me he vuelto muy sensible a la distinción entre cómo se llama algo y lo que realmente es. La he tenido delante y la he aprendido de un hombre, Eisenhower, que en ese tiempo supongo que era mi mentor. Esta práctica de no fiarse de algo por su aspecto era su misma forma de vivir. No confiaba en nada, y esta costumbre no carecía de valor, porque era evidente que lo había mantenido vivo durante mucho tiempo. Un tiempo peculiarmente largo.

También lo definía, porque yo no sabía quién era él más de lo que sabía quién era yo misma. Me dijo que era un inquisidor de los Ordos Sagrados, pero otro hombre, que reclamaba ese título para sí con la misma insistencia, me dijo que, de hecho, Eisenhower era un renegado. Peor todavía, un hereje. Incluso aún peor, un *extremis diabolus*. Pero ese hombre, llamado Ravenor, quizá fuera él quien mentía.

Yo sabía muy poco, ni siquiera si Eisenhower sabía quién era él mismo. Me preguntaba si se sentiría como yo, anonadado por el modo en que la verdad del mundo podía cambiar de una forma tan repentina. Yo creía ser una huérfana, criada en el scholam del Laberinto Undue, para servir como agente de los Ordos. Pero de repente parecía que yo era... una copia genética y en absoluto una huérfana. No tengo, no tenía, padres. No había una madre y un padre muertos a los que llorar, aunque yo los había llorado y extrañado toda mi vida. Habían sido una invención, igual que la historia de su lápida en el cementerio de los pantanos.

Y también me habían dicho que el Laberinto Undue no era un scholam de los Ordos, sino una academia dirigida por una sociedad secreta llamada el Cognitae, que tenía una larga historia y funcionaba como el reflejo oscuro de la Inquisición. Y se esperaba que, en esos momentos, decidiera dónde residía mi lealtad. ¿Debía servir al Cognitae que me había criado o a los Santos Ordos, de los que siempre había creído formar parte? ¿Me jugaba mi suerte con Eisenhower, que podría ser un sirviente del Sagrado Trono o un hereje por triplicado? ¿Me volvía hacia Ravenor, que decía tener autoridad imperial y, sin embargo, podía ser el mayor mentiroso de todos? ¿Y qué había de los otros participantes en este juego? ¿Y del no menos importante de ellos, el Rey de Amarillo? ¿Debería ponerme de su lado?

Decidí, por el momento, caminar con Gregor Eisenhower. Eso, a pesar de que se trataba con huéspedes demoníacos y con un guerrero de las Legiones Traidoras, y me habían informado de que era un hereje.

¿Por qué? Por todo lo que acabo de decir. Yo no confiaba en nadie. Ni siquiera en Gregor Eisenhorn. Pero estaba con él y sentía que era quien había sido más abierto conmigo.

Yo tenía mis principios, claro. Aunque fuera el Cognitae quien lo hizo taimadamente, crecí creyendo que mi destino era servir al Trono. Al menos, eso me parecía bien. Sabía que prefería servir al Dios-Emperador de todos nosotros que a ningún otro poder o facción. Dónde acabaría finalmente, no sabía decirlo, porque, como he indicado, no podía identificar ninguna verdad en la que confiar. Al menos, en compañía de Eisenhorn aprendería algunas verdades sobre las que basar mi decisión, incluso si, al final, esta era dejar su lado y unirme a otro.

Deseaba aprender, realizar un auténtico aprendizaje, no la educación solapada del Laberinto Undue. Quería aprender la verdad sobre mí misma y sobre qué papel jugaba en el gran panorama general del misterio. Más que eso, quería desvelar los secretos de Reina Mab y sacarlos a la luz, porque, sin duda, una amenaza existencial rondaba entre las sombras del mundo, y exponerla sería la mejor labor que podría realizar en nombre del Dios-Emperador.

Todo eso deseaba, pero, como llegué a darme cuenta más tarde, es mejor tener cuidado con lo que se desea. Sin embargo, la revelación de «toda la verdad» con toda su claridad era el objetivo que personalmente me había jurado alcanzar. Y por esa razón, en aquella fría noche, yo era Violetta Flyde y caminaba al lado de Eisenhorn por las calles del barrio de la Puerta del Hada para asistir a una reunión en el Salón Lengmur.

Sí, ya lo sé. Violetta Flyde era otro velo más, un nombre falso, un falso yo, un papel que representar, algo que los tutores del Laberinto Undue solían llamar una «función». Pero la iluminación se puede alcanzar a través de la actuación, así que, entonces, y por el momento, caminaba junto a Eisenhorn.

Además, le había cogido cariño a su demonio.

Cherubael era cordial. Me llamaba «pequeña», y aunque contaminaba mis sueños, me parecía que era el más sincero de mis compañeros. Como si no tuviera nada que perder y, por tanto, la sinceridad no le costara nada. No tenía otra cara.

No todos lo encontraban tan soportable. Lucrea, una chica que había llevado conmigo al grupo de Eisenhorn, se marchó poco después. Se escabulló una noche, sin despedirse, y estoy segura de que fue la compañía del huésped demoníaco lo que finalmente la hizo marcharse, a pesar de todo lo que había visto hasta entonces. Pero Lucrea nunca había formado parte de

la intriga, era solo una espectadora. No podía culparle por querer salir de ahí. Cherubael era un demonio, una cosa del inmaterial, atrapada en un cuerpo humano. Creo que el cuerpo llevaba bastante tiempo muerto. Su auténtico ser, desde el interior, presionaba su revestimiento exterior como si tratara de salir. La forma de los cuernos empujaba la piel de la frente, como si un ciervo del bosque o un carnero de las laderas de pedregal estuviera tratando de abrirse paso a la fuerza. Eso le tensaba la pálida piel de la cara y le daba una mueca desdenosa involuntaria, elevaba su nariz y hacía que los ojos parpadearan de un modo extraño y no con demasiada frecuencia. A veces me preguntaba si algún día reventaría y no quedaría nada de él excepto unas protuberantes astas y una sonriente calavera.

Era bastante aterrador, pero el hecho de su existencia me resultaba reconfortante. Si era un demonio, entonces, esas cosas existían. Y Reina Mab demostraba constantemente que había una simetría en todas las cosas: muerto y vivo, material e inmaterial, verdad y mentira, nombre verdadero y falso, lealtad y traición, luz y oscuridad, interior y exterior. Por tanto, si él era un demonio, sin duda tendría que haber ángeles también, ¿no? El maldito y despreciable Cherubael era mi prueba de que los ángeles existían.

Y quizá, con el tiempo, uno vendría a mí y cubriría mis sueños de ámbar, y me dejaría ver las cosas como realmente eran, doradas y claras.

—Se puede medir una ciudad —comentó Eisenhorn mientras caminábamos— por el número de sociedades metafísicas que acoge.

—Se puede medir un círculo —repliqué— comenzando en cualquier parte.

Me miró, confuso.

—¿Qué quieres decir?

—Sigue siendo un círculo —contesté—. Sin principio ni fin. Infinito.

—Sí. Y esto sigue siendo una ciudad.

—Pero ¿realmente lo es? —pregunté.

Yo estaba con ganas de broma y él no. Evidentemente, él se refería al temperamento y la salud de una ciudad. Una ciudad en declive, una que tiende hacia la corrupción y la dolencia del espíritu, se convierte en el hogar de creencias curiosas, y aumenta el interés en «lo otro». Es una de las enseñanzas básicas del Ordo. Una moda por lo oculto y lo esotérico, una preponderancia de los intereses marginales: esos son los síntomas de una cultura que sufre un deterioro peligroso.

Por si no conoces la ciudad, te diré que el Salón Lengmur se halla en una hondonada de calles viejas junto a la torre desconchada de Santa

Celestina Puertahada, cuyas campanas tañen a horas raras. Esa noche, por los amplios escalones ante la fachada del templo, muchos de los pobres desgraciados conocidos como los Malditos deambulaban pidiendo limosna. No pude evitar mirar para ver si Renner Lightburn estaba entre ellos. Durante los meses transcurridos desde que nos habían separado, a menudo había pensado en él, y me había preguntado qué le habría deparado el destino, porque no se había encontrado ni rastro de él por ninguna parte.

Y tampoco había rastro allí. Eisenhorn se dio cuenta de mi mirada, pero no hizo ningún comentario. Aunque Lightburn había sido valiente y abnegado durante el tiempo que había estado conmigo, los agentes de Ravenor le habían borrado la memoria y lo habían devuelto, desconcertado, a las calles. Eisenhorn creía que yo estaba mejor sin él, y, sin duda, Lightburn estaba mejor sin mí.

Pero no había tenido la oportunidad de darle las gracias.

Por todo el pequeño y confuso barrio de Puerta del Hada se encontraban los salones, los restaurantes y los locales sociales que eran los lugares más frecuentados por aquellos con inclinaciones metafísicas. Vi letreros en las paredes y carteles en las ventanas anunciando charlas espirituales, veladas con bolas de cristal y mesas parlantes, y oportunidades de escuchar a conocidos oradores disertar sobre muchos temas esotéricos, como «El lugar del hombre en el cosmos», «La arquitectura secreta de los templos de Reina Mab» o «El poder oculto de los números y las letras». Varios establecimientos ofrecían lecturas del taroche, con cita previa, y otros prometían sanación espiritual y revelaciones sobre vidas pasadas realizadas por practicantes expertos.

El Salón Lengmur, con sus viejas ventanas brillando doradas en la avanzada tarde, se hallaba a la cabeza de estos. Era el lugar de reunión de las almas con inclinaciones artísticas y místicas. Se decía que el célebre poeta Crookley cenaba allí regularmente y que, a menudo, se le podía encontrar bebiendo con el grabador Aulay o con la hermosa cantante de ópera Comena Den Sale. El lugar era famoso por sus charlas formales e informales, por sus lecturas y sus sesiones de improvisación artística, además de por los diálogos provocativos que fluían entre su ecléctica clientela.

—En otro mundo —masculló Eisenhorn mientras me abría la puerta—, este lugar habría sido cerrado por el Magistratum. Por los Ordos. El distrito entero.

Creo que existe una línea muy fina que separa lo que es permisible y lo que no lo es. El Imperio adora su saber tradicional y sus misterios,

y siempre existe un interés activo en lo que se podrían considerar ideas alternativas. Sin embargo, hay solo un paso entre esos entretenimientos inofensivos y alegres, y la más clara apostasía. Reina Mab, y los establecimientos como ese, se balanceaban sobre esa línea. Había un aire de lo oculto en todo ello, con lo que me refiero a la vieja definición de esta palabra como lo escondido e invisible. Sentía como si allí se encontraran auténticos secretos, y se hablara de auténticos misterios, misterios más allá de las inocuas cursilerías y tonterías que se toleraban en mundos más respetables.

Reina Mab, y realmente todo el mundo de Sancour, había ido cayendo en una decadencia insensata y bohemia, escapando del control estricto y severo del Imperio para caer en un estado final disoluto, que solo podía llevar a su deceso decadente o a una rápida purga, algo largo tiempo pendiente por parte de las autoridades exteriores.

Pero el salón, ¡ay, qué lugar! Dando a la calle, se encontraba su famoso restaurante. Era una sala grande y brillante, donde resonaba el ruido de la vajilla y la charla de los clientes. El sitio estaba atestado, y la gente hacía cola en el exterior esperando mesa para cenar.

Detrás del comedor y las cocinas, se hallaba el salón propiamente dicho; un bar al final, accesible por puertas desde los callejones laterales y a través de un arco cubierto con una cortina al fondo del comedor. Eso era el corazón de ese establecimiento. Yo diría que era rancio, por si nunca lo has visitado. Estaba iluminado por globos lumen antiguos colocados bajo pantallas de cristal tintado, tenía las paredes empapeladas con un opulento dibujo de hojas de helecho negro sobre un campo púrpura. Había una larga barra al fondo, de una pesada madera pintada de color verde oscuro con ribetes de tiras de latón. El espacio central estaba lleno de mesas, y había reservados laterales, que se podían cerrar con cortinas negras para los asuntos privados.

Estaba animado, lleno de clientes, muchos de los cuales habían llegado desde el comedor para tomarse un digestivo después de cenar. El ambiente estaba cargado de voces y del aroma al humo de oscura. Pero no estaba animado como una taberna de la ciudad o como el ajetreado comedor exterior. Allí había cautela, languidez, como si las conversaciones fueran lentas y se trataran asuntos filosóficos en vez de la cháchara vacía de los bebedores que buscaban una noche entretenida. Los servidores, hechos de bronce y vestidos de verde, serpenteaban entre los grupos sirviendo bandejas de bebidas y comida. Nos sentamos en un reservado lateral desde el que podíamos observar una buena parte del bar. Un servidor nos trajo

joiliq en vasitos con dibujos, platitos de gannek a la plancha untado con mostaza y pulpa de kethfruta mojada en sal.

Observamos.

Me sentía intrigada por la clientela y sus conversaciones embriagadas.

—¿No es ese Crookley? —pregunté, mirando a un hombre corpulento que estaba sentado bajo un cuadro de los Tetractis, enfrascado en una conversación con una mujer pequeña de gris.

—No —contestó Eisenhorn—. Crookley es más alto, con menos carne.

Soy experta en observación, fue parte de mi entrenamiento. Mientras me ocupaba de mantener el papel de la estirada joven Violetta Flyde, recorría la multitud con la mirada, fijándome en esa cara y en aquella, viendo a quién podía reconocer y a quién sería útil reconocer otro día. Vi a un barbudo jefe de caravana de Herrat que no paraba de hablar con otros tres hombres: uno que parecía ser un tímido maestro de scholam; otro que, por sus manos manchadas de tinta, era claramente un humilde rubricador, y un tercero que no hubiera estado fuera de lugar dirigiendo una banda asesina del Distrito Heckaty.

En otra mesa, tres hermanas enfermeras del Lazareto de Puerta del Hada se hallaban sentadas en silencio, compartiendo una botella de vino de menta. Se veían idénticas con sus hábitos de sarga gris bien apretados con un cinturón y las cofias blancas. No hablaban ni se miraban, y en sus rostros cansados no se leía nada. Me pregunté si estarían allí por error o si, simplemente, era la hostería más cercana y toleraban aquella decadente compañía todas las noches a cambio de una bebida reconfortante.

Junto a la barra había un anciano con los brazos y piernas más largos que he visto nunca. Se movía torpemente, como si nunca hubiera llegado a dominar del todo las longitudes que había llegado a alcanzar su delgado cuerpo. Iba vestido con un frac oscuro y miraba a través de unos quevedos de plata mientras escribía en una libreta. Junto a él en la barra, pero aparentemente no en su compañía, porque no intercambiaban ninguna palabra, se hallaba un hombrecillo viejo y triste que, claramente, era ciego. Bebía las copas que el camarero le ponía a su alcance para que pudiera encontrarlas.

Y me fijé en muchos otros, también en cualquier señal de armas en sus personas: un bolsillo abultado aquí; un cinturón que no sujetaba los pantalones; una postura más tiesa, que sugería un cuchillo oculto o una cartuchera disimulada. No me esperaba que esa noche se torciera, pero si pasaba, ya había localizado los peligros y sabía desde qué direcciones llegarían las amenazas.

Justo antes de que las luces comenzaran a parpadear, vi a dos personas junto a la puerta lateral, hablando con tono de urgencia. Una era un joven caballero acomodado, vestido con un traje de raya diplomática y sobretúnica. La otra, una mujer con un vestido de color óxido. Me atrajo la silenciosa animación de su conversación. Aunque no podía oír las palabras, su actitud era algo agitada, como si estuvieran discutiendo algún asunto personal de importancia que difería mucho del tono disperso de las conversaciones del resto del salón.

La mujer hizo un gesto de negación, luego se volvió para marcharse por la puerta lateral. El hombre la cogió por el brazo, suavemente, para disuadirla, pero ella se lo sacó de encima y salió. Cuando pasó bajo la tenue lámpara de la puerta lateral, vi su perfil y al momento sentí que la conocía de alguna parte.

Pero ya estaba fuera y se iba calle abajo, y las luces del salón comenzaron a parpadear.

Gurlan Lengmur, el dueño del establecimiento subió a un pequeño escenario e hizo un asentimiento al camarero, que dejó de presionar los interruptores de las luces una vez conseguida la atención y el silencio.

—Amigos míos —dijo Lengmur—, bienvenidos al espectáculo de esta noche. —Tenía una voz suave y mantecosa. Era un hombre pequeño, refinado y bien vestido, pero aparte de eso, de una apariencia insulsa, algo que parecía molestarle, porque llevaba el lado derecho de la cabeza afeitado y una melena en la coronilla recogida en una cola enorme y engominada, como dictaba la última moda social. Me pareció que se había apuntado a ese estilo tan actual no tanto porque fuera la moda, sino porque le dotaba de alguna característica específica interesante.

—Habrà taroche más tarde, en la sala del fondo —informó—, y luego una charla a cargo del maestro Edvark Nadrich sobre la importancia del Ureaon y el Laberinto en los enterramientos angelicanos primitivos. Los que ya habéis asistido a las charlas del maestro Nadrich anteriormente sabéis que podéis esperar una delicia fascinante y educativa. Después, habrá un coloquio. Aunque primero, en este pequeño escenario, mamzel Gleena Tontelle, la conocida vocera, compartirá su talento de médium con nosotros.

Hubo una calurosa ovación, y algunos suaves repiques de cuchillos contra los bordes de las copas. Lengmur retrocedió, realizando un gesto de bienvenida e inclinando la cabeza, para acompañar al escenario a una desaliñada mujer con un vestido gris perla de un estilo que llevaba varias décadas pasado de moda. Su rostro rechoncho estaba tenso. Supuse que debía de

tener unos cincuenta años. Aceptó el amable aplauso con una inclinación de cabeza y un leve gesto de la mano.

—Su vestido —susurró Eisenhorn— tiene un estilo antiguo para recordarnos las generaciones pasadas. Un truco habitual.

Asentí. Mamzel Tontelle sí que parecía una dama de la alta sociedad salida de los brillantes salones de baile del siglo pasado, un tiempo en el que Reina Mab había sido un lugar más espléndido. Había visto esas cosas en libros ilustrados con pictos. Incluso sus amaneramientos tenían un aire pasado de moda. Era una actuación, un papel, y yo tenía un gran interés en los que representaban bien su papel. Creo que se había aplicado polvos para disfrazarse en la piel y el vestido.

—Empolvada como un fantasma —masculló Eisenhorn—. Los voceros lo llaman «fantomimar», y es también otro concepto caduco.

Mamzel Tontelle se había maquillado con un tono lúgubre con una ligera capa de polvos que le hacía parecer como si hubiera permanecido inmóvil durante décadas mientras el polvo se iba posando sobre ella. Era sutil, y, por mi parte, lo consideré de lo más entretenido.

Con una mano se presionó la tabla que tenía por pechos y extendió los dedos de la otra mano sobre la frente, frunciéndola al concentrarse.

—Veo a un niño —dijo—. Un niño pequeño. Veo la letra *H*.

Entre el público, algunas cabezas negaban.

—Definitivamente, un niño —continuó mamzel Tontelle con una voz débil y sin color—. Y la letra *H*, o quizá la *T*.

—Lectura en frío —murmuró Eisenhorn—. Es el truco más viejo de todos para buscar la aceptación.

Y claro que lo era. Yo lo veía por lo que era y compartía el escepticismo de Eisenhorn, pero no su desdén. Siempre me habían encantado esas distracciones y era muy entretenido observar a un actor trabajando y más aún a una embaucadora que, por medio de su actuación, estaba sacando algo de la nada.

Mamzel Tontelle lo intentó con otra letra, una *G*, creo recordar, y un hombre al fondo se la compró, y al momento se había convencido de que estaba recibiendo un mensaje de su ahijado, muerto hacía mucho. El hombre estaba muy asombrado ante aquello, aunque había sido él quien había proporcionado todos los hechos que la hacían convincente, al ofrecerlos inocentemente en respuesta a las hábiles sugerencias de mamzel Tontelle.

—Murió de muy pequeño. Solo tenía diez años.

—Ocho —repuso el hombre, con los ojos brillantes.

—Sí, ya lo veo. Ocho años. Y se ahogó, el pobrecillo.

—Cayó bajo un carro —suspiró el hombre.

—¡Oh, el carro! Oigo su traqueteo. No era agua lo que había en los labios del pobre niño, sino sangre. Y quería tanto a su mascota, un sabueso o un...

—Un pájaro —murmuró el hombre—, un pequeño pardillo piquigualdo en una jaulita de plata. Podía cantar el repique de las campanas del templo de San Mártir.

—Veo los barrotes de plata y también las brillantes plumas —dijo mamzel Tontelle, con la mano en la cabeza como en el dolor exquisito de una migraña— y canta...

Y así continuaba. El hombre estaba entusiasmado y el público, muy impresionado. Noté que Eisenhower estaba perdiendo la paciencia rápidamente. Pero no había ido allí a ver a la vocera realizar sus trucos, ni tampoco a escuchar una charla o a que nos leyeran el taroche.

Estábamos allí para encontrar a un astrónomo que o bien se había vuelto loco, o había vislumbrado un gran secreto que muchos en la ciudad matarían por conocer.

O, posiblemente, ambas cosas.